



Fresco de M. Eugenio Delacroix, en la iglesia de San Sulpicio de París.—Dibujo de Bocourt.  
**SEGUNDA SERIE.—1864.**

**AÑO XXII. 22**



## LUCHA DEL ANGEL CON JACOB.

Sabido es que cuando Jacob sustrajo por engaño la bendición paternal á su hermano Esaú para huir de la venganza de éste, se refugió á Haran, en Mesopotamia, en casa de Laban, su tío materno. Muchos años despues, siendo yerno de Laban y rico en ganados, quiso regresar á su patria reconciliándose con Esaú. Durante su viaje á la tierra de Seid, en el país de Eden, tuvo lugar el misterioso acontecimiento elegido por Mr. Eugenio Delacroix por asunto de la pintura al fresco que nuestro grabado representa.

Veamos el trozo del Génesis donde la lucha se halla descrita:

... «Entre lo que había llevado, cogió unos presentes para su hermano Esaú:

»Doscientas cabras, veinte machos cabríos, doscientas ovejas y veinte carneros;

»Treinta camellos con las crías, cuarenta vacas, veinte toros y veinte burras con diez crías.

»Y los envió con sus criados..... Sus presentes le precedieron..... Y habiéndose levantado muy de madrugada..... atravesó el paso de Jacob.

»Y habiendo hecho pasar todo cuanto tenía, se quedó solo, cuando un hombre se puso á luchar con él hasta el amanecer.

»Viendo este hombre que no podía vencerlo, le tocó en el nervio del muslo, el cual se secó al instante.

»Y le dijo: «Déjame ir, porque empieza á salir la aurora.» Jacob le contestó: «No te dejaré ir hasta que me bendigas.»

»Este hombre le preguntó: «¿Cómo te llamas?» El le contestó: «Me llamo Jacob.»

»Y el mismo hombre añadió: «En lo sucesivo no te llamarás Jacob, sino Israel; porque si has sido fuerte contra Dios, ¿cuánto mas lo serás contra los hombres!»

»Jacob le hizo en seguida esta súplica: «Dime cómo te llamas.» El le contestó: «¿Por qué quieres saber mi nombre?» Y lo bendijo en aquel mismo lugar.

»Jacob dió el nombre de Faniel á este lugar, diciendo: «He visto á Dios cara á cara, y mi alma se ha salvado.»

»Así que hubo pasado aquel sitio que acababa de nombrar Faniel, vió el sol que se levantaba; pero se encontró cojo de una pierna.

»Por esta razon los hijos de Israel no comen hasta el día de hoy el nervio del muslo de los animales, acordándose del que fué tocado en el muslo de Jacob, y que permaneció sin movimiento.»

¿Cuál es el sentido de este trozo? ¿Debemos comprender que aquí se trata solo de una lucha moral, de un combate en el interior de la conciencia? Indudablemente; pero esta cuestión carecía de interés para el pintor, quien, no pudiendo figurar nada inmaterial, debió proponerse verter á la letra el sagrado testo. Había también muchos medios de presentar el asunto. Si el artista hubiese querido, hubiera pintado, por ejemplo, aquel encuentro terrible de Jacob con «el hombre desconocido» en lo fuerte de la lucha, en medio de profundas tinieblas, alumbradas únicamente por algunos relámpagos ó por una luz estrana que arrojase el divino acometedor. No hubiera sido esto difícil á Mr. Delacroix; mas

si prefirió representar el fin de la lucha y el amanecer, es acaso porque las escenas nocturnas convienen poco al interior de las iglesias del norte de Francia. El célebre *Martirio de San Pedro*, debe en gran parte su efecto al sombrío terror de su selva y de la noche; pero es en Venecia. El fresco de Mr. Delacroix, por el contrario, es tan luminoso, que la mayor parte de las otras pinturas de la iglesia de San Sulpicio parecen negras en comparacion. Desde luego nos sorprende el poder y grandeza del conjunto de esta obra, donde todo es brío y movimiento. Por el camino, á la derecha, y en los últimos términos, esos rebaños que en tumulto marchan rápidamente por en medio de nubes de polvo (lo cual puede verse en el grabado); esos gigantescos árboles que tuercen sus vigorosas ramas, y allá en la soledad, junto á un arroyo, la violenta energía de Jacob, que, con el tocar de un dedo, va de pronto á detenerse; todo concurre á hacer dominar el vago sentimiento de una lucha heróica y sobrehumana. Así es como Mr. Delacroix comprende el fin de su arte. Quiere que ante todo seamos conmovidos por el efecto general de sus obras, y cuando lo juzga indispensable, sacrifica á esta idea pormenores que le parecen de interés secundario. Al que bajo este punto de vista no le agradan las pinturas de Mr. Delacroix, no podría juzgarlo bien ni comprender la verdadera naturaleza de su superioridad. Debemos reconocer que es uno de los pintores de nuestros tiempos á quienes mas se ha criticado; pero, no obstante, resulta que despues de mas de treinta años continúa siendo célebre; mientras los artistas mismos mas opuestos á su estilo, y á quienes en cierta manera irrita el carácter de su dibujo, están unánimes en considerarlo muy elevado sobre la muchedumbre de esos talentos agradables, que miramos de paso sin dejar ningun recuerdo, y cuya medianía nadie se toma el trabajo de poner en duda. Los que no son artistas, antes de condenar á un hombre de esta importancia, deberían reflexionar que nadie puede conservar tan largo tiempo una gran fama, sin merecerla por calidades superiores. Agradece ó no Mr. Delacroix, no puede ponerse en duda que es un gran profesor.

DICE BALZAC:— Los incrédulos no aman la música, celeste lenguaje desarrollado por el catolicismo, y que ha tomado el nombre de las siete notas en uno de sus himnos:—cada nota es la primera sílaba de los siete primeros versos del himno á San Juan.

—Es la melodía, y no la armonía, la que tiene el poder de atravesar los siglos.

—Si la opinion no da el talento, le perjudica... La opinion de un artista debe ser la fé en sus obras... y su solo medio de éxito, el trabajo, cuando la naturaleza no le ha concedido el fuego sagrado.

—Muchas cosas verdaderas son soberanamente fastidiosas. La mitad del talento consiste, pues, en escoger en lo verdadero lo que puede ser poético.

—Algun día se encerraba todo un libro en una espresion feliz; hoy apenas se encuentra una feliz espresion en todo un libro.

—La imaginacion es como el sol, que compone el paisaje de Rio-Janeiro, el de Nápoles, el de Constantinopla y el del



lago de Génova con los mismos principios constituyentes; el verde de la vegetacion, el aire, la tierra y las aguas.

—Los héroes de una novela deben ser generalidades.

—No se vuelve á leer una obra mas que por sus detalles.

—El talento debe tal vez medirse por esa primera timidez, por ese pudor indefinible que los llamados á la gloria saben perder en el ejercicio de su arte, como las mujeres bonitas pierden el suyo en el ejercicio de la coquetería.

## DE LOS CUÁKEROS Y SUS DOCTRINAS.

La secta de los cuákeros debió su origen á un hombre muy entusiasta, y el carácter de su fundador fué lo que mas contribuyó á la propagacion de sus doctrinas tan falsas como exageradas. Así que, cuando se considera que esta nueva secta nació en un momento en que las ideas religiosas fermentaban en la cabeza de todos los europeos, y con especialidad de los ingleses, no debemos estrañar de que un oscuro zapatero de Leicester fundase en la primera mitad del siglo XVII, una religion que, apenas anunciada, ocupó un lugar preferente entre todas las nuevas doctrinas.

Este célebre apóstol decia:—«¿Cuál es el verdadero culto que los cristianos deben tributar al Ser Supremo?—Un culto espiritual interior, fundado en la práctica de las virtudes, y no en vanas ceremonias.—¿En qué se funda el espíritu del cristianismo?—En reprimir las pasiones, amar á sus hermanos y preferir la muerte al pecado. Ahora bien, yo os pregunto:—¿En qué sociedad hallaremos esa religion pura é interior? ¿Será en la iglesia romana ó en las reformadas?—Todas ellas han renovado el judaismo: sus liturgias, sus sacramentos, sus ritos son los restos de las ceremonias judáicas, espresamente abolidas por el Salvador. De estas formalidades exteriores hacen depender la justicia y la salvacion. Arrojan de su seno á los que no observan sus ritos, sin examinar si son virtuosos ó no, pero reciben á los mayores malvados con tal que observen con puntualidad las prácticas exteriores. Los ministros del Señor, destinados á instruir á los demás, son los primeros que predicán la necesidad de estas ceremonias, que son el manantial de sus rentas. Así es, que no encontrando en ninguna de estas asociaciones la verdadera iglesia de Jesucristo, los que deseen sinceramente su salvacion, deben separarse de ellas, para formar una nueva reunion de hombres sóbrios, pacientes, caritativos, castos y desinteresados; esta asociacion será la verdadera iglesia de Jesucristo.»

Es cierto que el espíritu del cristianismo se funda en las virtudes, que proclamaba el zapatero de Leicester; pero ¿no es una falsedad palmaria y un absurdo el aserto de que nuestras liturgias, nuestros sacramentos, nuestros ritos son restos de las ceremonias judáicas? ¿No es un error lastimoso y un absurdo suponer que la iglesia fundada por el Redentor del mundo considera como sus verdaderos hijos á los que se contentan únicamente con observar las prácticas de un culto exterior sin ser virtuosos?

Jorge Fox, varon de buena fé, abrazó ciegamente todos estos errores, y los publicó con tanto calor que no podian dejar de producir grande impresion en la multitud, siem-

pre deseosa de mudanzas. Su austeridad, sus costumbres puras y sencillas, su celo por el bien del linaje humano, atrajeron á sus doctrinas personas de las mas elevadas categorías, y bien pronto los antiguos discípulos del apóstol plebeyo y los nuevos adeptos, proclamaron como verdadero fundador de su secta á Fox, cuya sola memoria los cuákeros respetan y conservan todavia con veneracion profunda, sin acordarse del zapatero de Leicester, cuyo nombre ni siquiera figura en las historias mas recomendables del cuakerismo.

Los nuevos sectarios, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, el sombrero calado hasta los ojos, parecian sumergidos en el mas profundo recogimiento, y esperaban las inspiraciones del Espíritu Santo. Tan luego como alguno de la asamblea se creia inspirado daba libre curso al entusiasmo de que estaba poseido; y cuando este producía la convulsion de la supuesta palabra divina, bien pronto la especie de fiebre, que agitaba al inspirado, conmovia á toda la asamblea, y todos gritaban á la vez con tal desconcierto que ninguno se entendia. Uniendo á esto los gestos ridículos, las exclamaciones enfáticas, las palabras absurdas y singulares, los discursos incoherentes, pronunciados en la efusion de un delirio general, nos formaremos la idea exacta de lo que eran las reuniones de estos frenéticos.

Fox sostenia, que el Espíritu Santo comunicaba á todos indistintamente sus inspiraciones: de aquí aquella afluencia de fanáticos de toda edad y ambos sexos, que recorrían el reino de la Gran-Bretaña, estendiendo, mediante la predicacion, las doctrinas de su maestro; y el fanatismo se propagó en términos, que millares de prosélitos vinieron á alistarse bajo las banderas de los nuevos sectarios.

Pero estos, que se habian manifestado en un principio hombres de costumbres pacíficas y máximas muy ejemplares, contentándose con rechazar todos los dogmas católicos y todos los sacramentos, no admitiendo ni siquiera el Bautismo ni la Cena, (1) se dejaron paulatinamente arrastrar á excesos, que les acarrearón violentas persecuciones. Bien sea que el resultado feliz de su predicacion despertase su orgullo, ó bien sea que separados del espíritu de humildad, que habia dirigido por algun tiempo sus acciones, les hubiese sugerido otras ideas falsas, ó bien sea que su piedad real y verdadera ó aparente, se hubiese convertido en crueldad y furor, es constante y cierto que á medida de que el número de los sectarios aumentaba, se acrecentaban los desórdenes en Inglaterra. Los cuákeros, lejos de respetar las cosas mas sagradas, entraban como furiosos en los templos, insultaban á sus ministros, y cometían excesos de tal naturaleza, que fué preciso reprimirlos con la severidad de las leyes. No queremos, sin embargo, pasar por alto, que estos estravíos fueron de corta duracion y cesaron del todo cuando en virtud del acta de tolerancia, publicada en Inglaterra el año de 1689, se les permitió vivir libremente.

Los cuákeros repudian los títulos fastuosos, porque inspiran orgullo en el que los exige, y bajeza en el que los dá. De aquí la consecuencia general y estraña de no admitir los tratamientos debidos á las dignidades: y de este principio tuvo origen entre ellos la abolicion de toda etiqueta y todo ceremonial. Dicen que el nombre de amigo no debe

(1) V. la obra francesa de Gregoire, titulada: *Historia de las sectas religiosas*, etc., etc., t. I, págs. 112 y sigs. Paris, 1814.



negarse á nadie de los ciudadanos y cristianos; las cortesías las juzgan ridículas y pura ceremonia, y el acto de descubrirse para saludar á los demás, lo consideran como una falta de respeto á sí mismos: ni aun el magistrado puede obligarles á que hagan la menor demostración de reverencia. Retrocediendo á la idea que tenemos de los tiempos primitivos, tutean á los hombres y hasta á los reyes, y para justificar esta costumbre, toda suya propia, tutean á los santos y aun al mismo Dios. Llevar armas, les parece un crimen, y creen pecar contra el cristianismo, si las usan en alguna circunstancia ó para defenderse á sí mismos. Su Evangelio es la paz universal, y si se da un bofetón á un cuáquero, está obligado á presentar el otro carrillo. Estos sectarios no pueden exigir mas por su salario que el precio legítimo que les corresponde. Jurar ante un tribunal, aun para decir la verdad sin alteración ninguna, lo juzgan acto impío, persuadidos de que todo juramento es una especie de prostitución del nombre del Ser Eterno.

Su desprecio por todas las instituciones políticas, civiles y religiosas, que no están conformes con sus principios, es muy profundo, y ha llegado á convertirse en aversión contra todas las ceremonias del culto, contra todos los ministros del santuario y contra los soldados (1). En fin, dicen que los templos son tiendas de charlatanes, el descanso del domingo una austeridad perjudicial, la Cena y el Bautismo, iniciaciones ridículas. No admiten el sacerdocio, porque cada uno de los fieles puede recibir inmediatamente la luz del Espíritu Santo, y con ella un carácter superior á todos los sacerdocios. Con efecto, sus ministros no desempeñan mas cargo que el de mantener el orden y la concordia en sus asambleas.

De todos los que han abrazado las doctrinas de Fox, los mas célebres son, sin contradicción, Roberto Barclay y Guillermo Penn. Estos cuáqueros, muy fervorosos, se dedicaron con todo ahínco á sistematizar los principios de su jefe y maestro, dándoles formas teológicas, y estableciéndoles en bases sólidas para asegurar su existencia. Recorrieron entrambos la Alemania y la Holanda en el interés de la sociedad y con ánimo de perfeccionar sus nuevas creencias.

Penn era hijo del célebre vice-almirante de este nombre, y habia recibido en pago de muchas sumas que le debía el Estado, una provincia de América. Contento con esta adquisición, que le proporcionaba los medios de generalizar sus creencias en un país libre, el jóven entusiasta reunió un gran número de prosélitos, hizo vela al Nuevo Mundo; fundó una colonia, y á pesar de los derechos que le daba su título de propietario, fijó una indemnización para pagar á los naturales el precio de las tierras en donde se estableció, porque, segun las ideas de justicia, que se habia formado, la autoridad del rey no justificaba la posesión del terreno por solo el acto de ocuparlo: esta colonia dió á su nueva patria, como nadie ignora, el nombre de Pensilvania.

Al mismo tiempo que Penn estendia sus creencias en América, se aplicaba á consolidar la obra de Fox, publicandolos los preceptos de su doctrina clasificados por orden, y

presentados á sus sectarios como un preservativo contra las innovaciones, que algun dia pudieran introducirse. Después de haber establecido por puntos fundamentales que la luz del cristianismo reside dentro de todos como verdadero don de Dios para la salvación de los hombres, y que la venida de Jesucristo á la tierra tuvo por objeto obligarnos con todas nuestras fuerzas á ser perfectos, como nuestro Padre celestial lo es, estableció una serie de preceptos, que son consecuencias naturales de los dogmas espresados.

Los cuáqueros se niegan á pagar el diezmo y los impuestos, porque, segun sus principios, toda contribución forzosa, aun para sostener los ministros del Evangelio, no es legítima, sino contraria al mandamiento de Jesucristo, que dice: *Lo habeis recibido gratuitamente, dadlo del mismo modo*. Así, lo que sea necesario dar para el mantenimiento de los ministros del culto, deberá ser espontáneo y no forzoso. La segunda razon es, dicen los cuáqueros, que los ministros del culto no lo son conforme al Evangelio, y que su creación no es, segun el Espíritu Santo, sino segun el espíritu y artificios del mundo.

Otro punto de su doctrina es, no beber á la salud de nadie por las malas consecuencias que produce excitando á beber con exceso, y porque esta costumbre trae su origen del paganismo.

Su modo de casarse es particular, y los distingue de las demás sectas de herejes salidas del seno del cristianismo. Dicen que el matrimonio es de fundación divina, y que solo Dios puede intervenir en la promesa solemne de los futuros cónyuges. Segun esta doctrina, el hombre y la mujer, que desean unirse para siempre, prometen solemnemente en presencia de testigos respetables, que con el auxilio de Dios se ayudarán y guardarán fidelidad hasta la muerte. Precede á este acto el dar cuenta del nuevo enlace á la asamblea, que se reúne todos los meses para los asuntos generales, y allí se declara públicamente la intención de los esposos para que la asamblea manifieste si tiene algo que decir. En esta reunión se les pregunta si han avisado á sus padres ó tutores, si tienen su consentimiento, etc. La asamblea entretanto se entera del carácter de los contrayentes, y si tienen ó no otro compromiso. Concluidos estos preliminares, que exige el buen orden, espide un certificado á los recién casados con todos los informes de sus indagaciones: este acto lo firman dos testigos, y se apunta en el libro general de los actos públicos de la sociedad.

En cuanto al nacimiento de los hijos, los padres dan nombre á su nueva prole en presencia de los que han asistido al alumbramiento, y estos últimos firman tambien un certificado en que se hace mención tanto del nacimiento, como del niño ó niña, y todo se anota en la primera asamblea.

Sus entierros son muy sencillos. Si la casa del difunto está cerca del lugar destinado á las reuniones, le depositan en la sala de su propia morada para comodidad de los que le han de acompañar hasta el cementerio, y mientras que estos se reúnen para el entierro, si alguno se siente inspirado, puede hacer el elogio del muerto ó una exhortación á los presentes. El cuerpo lo llevan los amigos sin pano mortuorio ni otro adorno, y cuando llegan al cementerio hacen una breve pausa antes de ponerle en el hoyo, para que tenga tiempo para hablar el que se sienta inspirado, para que los parientes puedan con mas tranquilidad dar el último adiós

(1) Silvio Pellico refiere en *Mis prisiones*, como un caso raro, la exclamación de un cuáquero, que habiendo visto á un soldado, que se arrojaba al Támesis para salvar á un pobre, próximo á naufragarse, dijo: «Tambien entre los soldados hay buena gente!»



al difunto, y para dar á los espectadores tiempo de pensar en la muerte y en el fin del hombre.

Estas son las bases de la secta político-religiosa de los cuáqueros, palabra inglesa, que significa *temblor*, y que se ha aplicado á estos fanáticos, porque cuando se creen inspirados hablan casi temblando. Es de notar, sin embargo, que la palabra *cuáquero* tiene en sí algo de injurioso, y que los que pertenecen á esta secta la dan el nombre de *Sociedad de los Amigos*.

Después de todos los pormenores que acabamos de apuntar acerca de las doctrinas fundamentales de los cuáqueros, no desagradará ahora á los lectores ver reproducida en estas páginas la descripción de una entrevista que tuvo Voltaire en Londres con uno de los cuáqueros mas respetables y entusiastas de su secta. El escritor francés se espresa en esta forma:

«Persuadido de que las doctrinas y la historia de un pueblo tan extraordinario como el inglés, merecen fijar la atención del viajero, no dejando de despertar al propio tiempo su mucha curiosidad, busqué á uno de los cuáqueros mas célebres; el cual, después de haber sido comerciante por el largo espacio de treinta años, se había retirado, por último, á una casa de campo poco distante de Londres. Era un anciano muy verde aun, porque su método de vida regular y moderado había robustecido su físico en vez de debilitarle con enfermedades. Vestía como todos sus correligionarios un traje largo y sin botones en los puños ni en los bolsillos, y llevaba puesto un gran sombrero de alas anchas vueltas hácia arriba por los dos lados, y muy parecido á los que gastan nuestros eclesiásticos en Francia. Me recibió sin descubrirse y sin saludarme; pero su aspecto noble y las formas de su semblante respiraban amabilidad y cortesía, superiores en un todo á nuestro ceremonial ordinario.

—Amigo mio, me dijo, conozco que tú eres extranjero, si puedo serte útil en algo, manifiéstamelo libremente.—Senor, le contesté, inclinándome como se usa en Francia, espero que mi curiosidad no le causará á vd. molestia, y yo deseo que vd. me instruya sobre su religion.—Los de tu país, replicó el cuáquero, abundan en cumplidos y reverencias; pero hasta hoy no he visto á nadie que haya tenido la misma curiosidad que tú: quiero ante todo que comamos juntos.—

«Después de una comida muy frugal, que comenzó y concluyó con una plegaria á la Divinidad, pregunté á mi cuáquero si era bautizado.—No, me dijo, ni lo son mis correligionarios.—¿Por vida de Baco!.... ¿no sois, pues, cristianos?—Sí, hijo mio, lo somos, y queremos ser cada vez mas cristianos; pero no jures. Nosotros creemos, que el cristianismo no consiste en salpicar la frente con un poco de agua fria, mezclada con un poco de sal.—Ah, diantre!.... ¿habeis olvidado, por ventura, que Jesucristo fué bautizado por San Juan?—Esto es cierto, pero el Redentor no bautizó á nadie, y nosotros somos sus discípulos, y no los de Juan. No jures, hijo mio, nuevamente te lo suplico.—Bautícese vd.—Si no se necesitara mas para complacerle, yo y mis cohermanos nos bautizaríamos muy voluntariamente. Nosotros no condenamos á los que se dejan bautizar; pero persuadidos de que profesamos una religion toda santa, y toda espiritual, creemos que nos es menester abstenernos de todas las ceremonias que tienen algo de judaismo.—El bautismo no tiene nada de eso.—Hijo mio, no es

cierto lo que tú dices, y tambien hoy hay muchos judíos que se hacen bautizar.—

«Le pregunté luego, qué pensaba acerca de la comunión, y me contestó, que la sola y única que conocian los cuáqueros era la de la pureza de los corazones.

«Continuando nuestra conversacion me dijo:—Nosotros vestimos un traje un poco diferente de los que se usan, á fin de no olvidar, que debemos distinguarnos de los demás.

«Todos llevan las insignias de sus respectivas dignidades, y nosotros únicamente llevamos las de la humildad cristiana. No concurrimos á los espectáculos ni á otras diversiones, y nos juzgaríamos muy desgraciados, si malgastásemos en frivolidades nuestros corazones, en que debe habitar siempre Dios. No juramos jamás, y tampoco ante los tribunales, porque creemos que el nombre del Todopoderoso no deben prostituirle los hombres en sus miserables y particulares contiendas. Si los magistrados nos obligan á intervenir en juicio para tomarnos declaración, contestamos con un sí ó un nó, y esto basta para que se nos crea. No empuñamos jamás las armas para marchar á la guerra, no porque la muerte nos inspira terror, mas bien la deseamos para unirnos al Ser Eterno, sino porque no somos lobos, ni tigres, ni perros: somos hombres y cristianos. Dios quiere que amemos á nuestros enemigos; quiere que suframos sus murmuraciones, y no quiere bajo ningun concepto que surquemos las olas del tempestuoso Océano para convertirnos en asesinos de nuestros hermanos, como esos hombres vestidos de encarnado, que marchan al compás de un tambor hecho de piel de asno, cuyo ruido aflige y no alegra. Cuando, después de una gran batalla vencida, se ilumina todo Londres, se lanzan cohetes al aire, y se tocan á repique las campanas, nosotros gemimos silenciosos, y no sabemos persuadirnos cómo tantos y repetidos asesinatos causen alegría (1).»—

Toda esta plática de nuestro cuáquero es el mas evidente testimonio de que las ideas religiosas mas puras y la misma filantropía se convierten en delirio y errores muy lastimosos, cuando, lejos de atenernos á los preceptos evangélicos bien entendidos, y á lo que exige y reclama la sociedad, damos rienda suelta á los estravíos de nuestra imaginación.

Pero, antes de poner término al presente artículo, vamos á describir el chistoso banquete de cuáqueros á que asistió en Londres, por los años de 1824, el conde Pecchio. Este literato italiano y elegante escritor, dice:

«Yo concurrí á un banquete de cuáqueros en casa del señor Buxton, cuñado de uno de los mas ricos banqueros de Londres, señor Fray, hombre de esmerada educación, y á quien yo había sido recomendado. Muchos y espléndidos cirios alumbraban el comedor, y me ví inesperadamente en medio de una multitud de comensales. Había muchas cuáqueras, cuyos trajes de color pardo, y todos de una misma hechura, y los pañuelos con que cubrian sus respectivas cabezas, muy parecidos á las tocas que usan las que viven retiradas en conventos, las diferenciaban poco de las monjas: sus sem-

(1) Véase la primera carta que escribió Voltaire acerca de los cuáqueros.—Estas cartas son muy curiosas, y sa picadas de chistes; pero su autor se atiende mas bien á satirizar el cuakerismo, que á esponer todas sus doctrinas.



blantes plácidos y serenos eran el mas evidente testimonio de que no estaban agitadas por fuertes pasiones. Entre los convidados habia cuatro hombres con el rostro todo pintado, con gruesos anillos, que les colgaban de las orejas, y con otros mayores que les adornaban las narices: vestían trajes salpicados de varios colores, y guarnecidos con cadenas y placas de cobre. En Italia toda esta comitiva no pasaria de una mascarada, pero en Lóndres era una comida de cuákeros. Los cuatro tipos muy originales, que acabo de describir, eran cuatro jefes de una tribu del Canadá, que se habian arrogado el título de monarcas, y que no contentándose con esto, habian venido á Lóndres para reclamar *ante su hermano, el rey de Inglaterra*, contra el gobernador, que la Gran Bretaña habia mandado á su país.

»A las once de la noche, y despues de haber hablado del parlamento inglés, de sus importantes discusiones, de las elocuentes arengas de sus oradores de mas fama, y de la política europea en general, se disolvió el convite, y el señor Fray me llevó en coche á su casa de campo, poco distante de Lóndres.

»Al día siguiente supe que las cuákeras tienen la obligacion de predicar cada semana á las detenidas en la gran prision de Lóndres (Newgate), y que muchas señoras adictas á la secta habian dado repetidos parabienes á madama Fray por haber recibido esta última cartas en que la decian sus cohermanas del otro hemisferio, que prosperaban en sus misiones, y que el número de sus *feligreses* prodigiosamente se aumentaba (1).»

Todas las sectas disidentes, que brotaron como hongos en Inglaterra, desde el momento en que Enrique VIII, llevado en alas de sus impíos y eróticos delirios, se separó del catolicismo para poblar con mas comodidad su tálamo de esposas, que pasaban del régio alcázar al cadalso, todas estas sectas, digo, duran aun; pero se van debilitando cada día mas, porque es propio del error desvirtuar paulatinamente el escaso número de buenos elementos, que le dan por algun tiempo vigor y energía. Así es, pues, que hoy entre los cuákeros se encuentran muchos hombres pervertidos y pocos filántropos; y Chateaubriand nos ha dejado escrito en su viaje á América, que cuando desembarcó en el nuevo continente, le dijeron que no tuviese roce ninguno con los cuákeros, porque eran todos un vil rebaño de gente malvada, cuya hipocresía, lejos de engañar, causaba tedio.

SALVADOR COSTANZO.

## CAZA DE LOBOS.

Nadie puede vanagloriarse de valiente en el invierno, si no ha sufrido los frios de Rusia á quince grados bajo cero, no ha visto sus lobos, ni podido imaginarse las sensaciones inseparables de esta terrible cacería.

(1) V. Pecchio. *Observaciones semi-sérias sobre la Inglaterra, escritas por un desterrado* (en italiano), seg. edic. Lugano, 1833, pág. 317 y siguientes.

Hé aquí como se ejecuta esta en un invierno muy largo, época en que la falta de alimento pone feroces á los lobos.

Tres ó cuatro cazadores, cada cual con una escopeta de dos tiros, se colocan en una *troika* tirada por tres caballos, de donde proviene el nombre del carruaje.

De estos tres caballos el de enmedio debe siempre ir trotando, y los de derecha é izquierda no deben nunca dejar el galope; el de enmedio trota con la cabeza baja y le llaman *comedor de nieve*, los otros dos que solo llevan una rienda, van sujetos á la lanza por la mitad del cuerpo, pero galopando con la cabeza libre y separada el uno hácia la derecha y el otro á la izquierda; á estos dos caballos los denominan *furiosos*. Llevado así el tiro enmedio de su carrera presenta el aspecto de un abanico.

Un tronquista de la mayor confianza va dirigiendo la troika. Detras del carruaje, con una cuerda ó cadena para mayor seguridad, que debe tener cualquiera de ellas doce metros, atan un marranillo que llevan con cuidado en el carruajes hasta la entrada del bosque donde debe comenzar la cacería. Aquí lo bajan y el tronquista suelta las riendas á los caballos que salen el de enmedio trotando y galopando los de las alas. El marranillo, poco habituado á semejantes carreras, empieza á dar quejidos que muy en breve degeneran en lamentaciones. Un primer lobo asoma la nariz y va en persecucion del cerdo; vienen en seguida otros dos lobos, despues tres, diez, cincuenta.... Todos los lobos que hay en tres leguas á la redonda acuden, y la troika se vé perseguida por una manada de lobos semejante á una avalancha. Entonces os cuando es urgente tener un tronquista entendido y valeroso, porque los caballos, que profesan hácia los lobos un horror instintivo, se ponen locos de miedo. El que vá trotando, quisiera galopar, y los que galopan, quisieran tomar el bocado entre los dientes.

Durante todo este tiempo los cazadores van tirando al azar; porque no se necesita hacer puntería. El tronquista dá gritos, los caballos relinchan, los lobos aullan y las escopetas disparan. Carruaje, cazadores, marrano, manada de lobos, todo no es ya sino un torbellino impulsado por el viento que hacer volar la nieve en su alrededor, y que semejante á la nube de la tempestad, se escurre por los aires y arroja relámpagos y rayos.

Mientras que el tronquista es dueño de los caballos, por furiosos que estos se hallen, todo va bien, pero si deja de dominarlos, si el tiro se engancha, si la troika se vuelca.... todo es concluido. Al día siguiente ó al otro se encuentran los restos del carruaje, las escopetas, los esqueletos de los caballos y los principales huesos de los cazadores y tronquista.

El invierno último el príncipe Repnino asistió á una cacería de esta clase y faltó poco para que no fuera la última que hiciese.

Hallábase con dos amigos suyos en una de sus posesiones confinante con la estepa, y resolvió salir á cazar lobos, ó mas bien, ser cazado por ellos.

Prepararon un ancho trineo donde tres personas podian ir muy á gusto y le uncieron tres vigorosos caballos que confiaron á un tronquista hijo del país y de gran esperiencia. Cada cazador llevaba dos escopetas de dos tiros y ciento cincuenta cartuchos, y los asietos se distribuyeron acomodándose el príncipe en la delantera y cada uno de sus amigos colocado enfrente á un lado.



Llegaron á la estepa, esto es, á un inmenso desierto cubierto con nieve; la cacería se verificaba de noche, la luna que estaba llena, brillaba con vivísimo esplendor: sus rayos reflejados por la nieve, esparciendo una claridad que podría rivalizar con la del día; arrojaron el marranillo y el trineo arrancó; el marrano empezó á gritar, se presentaron algunos lobos; mas al principio en corto número, temerosos y quedándose á gran distancia. Poco á poco aumentaba el número y se acercaban á los cazadores, los que, á fin de comenzar, no daban á la troika sino un movimiento común, no obstante la precoz impaciencia de los caballos. Como unos veinte lobos se acercaron bastante para que la matanza comenzara, sale un tiro y un lobo sucumbe, una gran turbación reina en la banda y les parece á los cazadores que esta había disminuido como la mitad. Efectivamente, en contradicción con el proverbio que dice que los lobos no se comen entre sí, siete u ocho hambrientos se quedaron atrás para devorar al muerto; pero muy en breve se llenaron los vacíos: por todas partes se oían aullidos que contestaban á otros aullidos, y por todas partes se veían aparecer narices puntiagudas y centellear ojos parecidos á escarabucos. Los lobos estaban á tiro y los cazadores hacían un fuego abrasador; mas aunque todos los tiros conseguían su objeto, la banda, en vez de disminuir, iba siempre aumentando: muy en breve no fué ya una banda, sino mas bien un inmenso rebaño, cuyas apiñadas filas perseguían á los cazadores, y su carrera eran tan rápida, que parecían volar sobre la nieve, y tan ligera que no hacía el menor ruido. Su oleada, semejante á una marea muda se acercaba sin cesar y ya no retrocedía ante el fuego de los tres cazadores, por bien nutrido que fuese..... formaban detrás de la troika una inmensa media luna, cuyos dos cuernos comenzaban á esceder la línea de los caballos, y su número se aumentaba tan rápidamente, que se hubiera creído que salían de debajo de la tierra. Habían cesado de hacer gritar al marranillo, pues los gritos de éste acrecentaban la osadía de los lobos; el fuego no paraba, pero se había consumido ya la mitad de las municiones, y aunque es cierto que todavía quedaban doscientos cartuchos, pero se hallaban rodeados por mas de mil lobos..... los dos cuernos de la media luna adelantaban cada vez mas y amenazaban cerrarse haciendo un círculo cuyo centro serían trineo, caballos y cazadores, y si alguno de los corceles llegaba á rendirse, todo era concluido. Los caballos despavoridos resoplaban y daban botes terribles.

—¿Qué opinas tú de esto, Ivan? preguntó el príncipe á su tronquista.

—Me parece que no va bien.

—¿Pues temes algo?

—Los lobos han probado la sangre y cuanto mas se les continúe tirando, mas se aumentará su número.

—¿Y cual es tu opinión?

—Si lo permitís, príncipe, voy á soltar las riendas á los caballos.

—¿Estás seguro de ellos?

—Yo respondo.

—¿Y respondes de nosotros?

El tronquista no replicó; es evidente que no quería comprometerse, y soltó las riendas á los caballos en dirección del castillo. Aquellos nobles animales, estimulados por el terror, duplicaron su celeridad; el espacio era literalmente devorado con sus desesperados arrojados, y el tronquista los

escitaba con un agudo silbido, al mismo tiempo que describían una curva que debía cortar uno de los lados del cuerno; los lobos se separaron para dejar pasar el carruaje, que ya no marchaba sino volaba. En este instante los cazadores iban á volver á atacar.

—Por vida vuestra, les grita el tronquista, no tiren ustedes mas.

Obedecieron á Ivan.

Los lobos, aterrados con aquella inesperada maniobra, permanecieron un momento indecisos, durante el cual la troika anduvo una versta (kilómetro y medio), y cuando los lobos volvieron á perseguirla..... era demasiado tarde, no pudieron alcanzarlo..... un cuarto de hora después entraban nuestros cazadores en el patio del castillo: el príncipe calculaba que durante ese cuarto de hora los caballos habían andado mas de dos leguas.

La mañana siguiente el príncipe visitó á caballo el campo de batalla... halló los huesos de mas de doscientos lobos.

### LA IGLESIA DE SAN SEVERINO.

Una de las iglesias mas antiguas de París, mas curiosas, y mas interesantes, es esta. Como se cuentan muchos santos Severinos, no se sabe á punto fijo en honor de cual de ellos fué fundada esta iglesia. Los autores mas antiguos se inclinan á que fué á San Severino de Agannas; otros, á San Severino, apóstol de Baviera; algunos á San Severino, obispo de Colonia, y no faltan algunos que á San Severino, obispo de Burdeos.

Nosotros nos inclinamos por San Severino *el Solitario*, que nació y murió en París. Su nombre de solitario le vino de que siempre le encontraban solo recogido en sus oraciones o en la contemplación de la naturaleza, obra de Dios, lo que tambien es una oración.

Sobre el sitio donde hoy se halla la iglesia de San Severino, hallábase en aquella época una vieja capilla del palacio de las Termas, construida por los emperadores cristianos. Allí enterraron después de su muerte al piadoso solitario. No tardó Dios en obrar por él allí numerosos milagros, y Saint-Cloud, su real y querido discípulo, le hizo levantar un magnífico oratorio que mas tarde se convirtió en una iglesia. Tal es el origen muy probable de San Severino.

En el año 1032, Enrique I regaló esta iglesia al arzobispo de París.

La historia de San Severino, fecunda en recuerdos, está esencialmente unida á la de París.

En los reinados de Enrique II, Enrique III y Enrique IV fué el cuartel general de la Liga.

Bajo el pórtico principal de esta iglesia, los grandes dignatarios de París administraban la justicia escuchando á todo el mundo y sobre todo á los pobres. Magnífico espectáculo el de los antiguos reyes de Francia, descendiendo de su trono para administrar justicia bajo el pórtico de una iglesia, como lo hacia San Luis al pié de la encina de Vincennes.

A la entrada de San Severino, se veían en otro tiempo dos leones monstruosos, símbolos de la fuerza y del poder de la fé. Se cree que sostenían la silla del juez eclesiástico,



lo que explica muy bien aquella fórmula adoptada para las sentencias de San Severino: *Datum inter duos leones*. Dada entre dos leones.

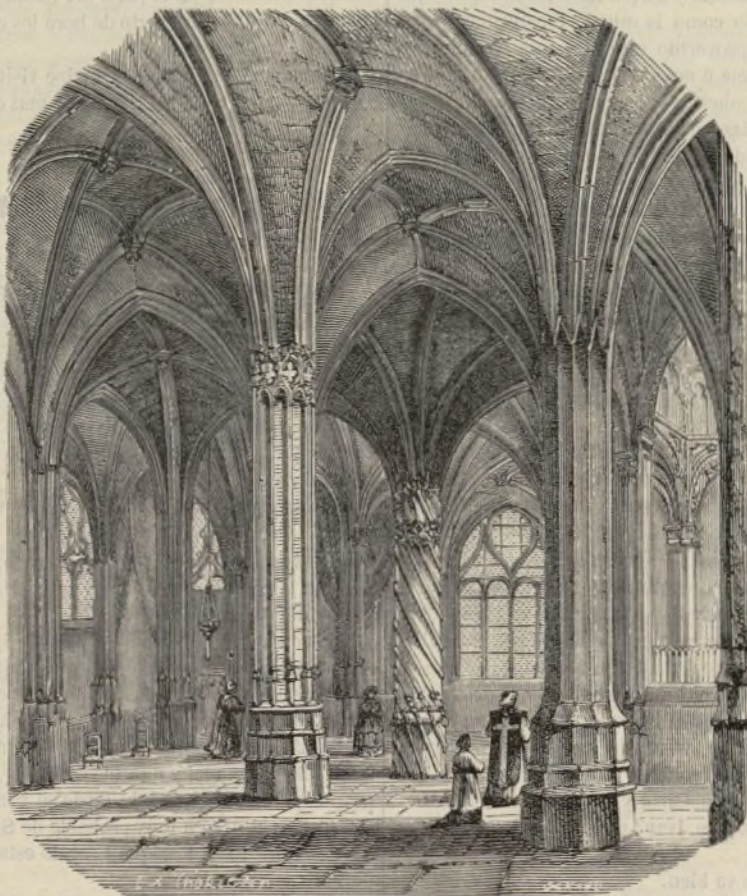
A San Severino iban las mujeres á orar al pié de sus altares al salir de sus partos.

Curiosa y por demás interesante es la manera con que se verificaba esta ceremonia.

Marchaban delante de la recién parida, los niños de coro y la ponían en la mano una vela. El sacristán la colocaba sobre la espalda una capa para preservarla del frío y el sacerdote rociaba á la jóven madre con agua bendita recitando las preces de la Iglesia.

Antes de emprender un viaje, mercaderes, caballeros y

villanos, acudían á San Severino á recomendarse á San Martín, protector de los viajeros y uno de los santos mas venerados en aquella iglesia. Después de haber colgado á la puerta una de las herraduras de su caballo, el viajero hacia calentar hasta reducirla á áscua la llave de la capilla y con ella marcaba su montura. Con frecuencia la fe le inspiraba el valor que no tenía y se ponía atrevidamente en camino, desafiando los lobos, los ladrones y los duendes. En el cementerio de San Severino fué donde los médicos se reunieron un día para proceder á la primera operación de la talla que se hizo en Francia, haciendo el experimento en un reo condenado á horca por robo y que padecía mucho de la piedra cólica, pasión y mal de costado. Salió bien el experimento



Interior de la iglesia de San Severino.

y Luis XI perdonó la vida á aquel miserable que fué curado del mal de la piedra, no sin haber sufrido la terrible operación de que le abriesen casi en canal para extraérsela y después le cosiesen el vientre.

La ceremonia de San Severino era de las mas brillantes y concurridas de París. En las procesiones paseaban con gran pompa un dragon gigantesco de mimbres, y los fieles se divertían en echarle en su enorme y abierta boca pasteillos, frutas, dulces y monedas. Por la tarde, después de vísperas, se distribuían á los pobres estas ofrendas. Este dragon es ni mas ni menos lo que la Tarasca que aun se ve en las catedrales españolas, particularmente en Toledo.

Muy rico en recuerdos San Severino, era bastante pobre en dinero. Así Clemente VI, papa en Avignon, autorizó á esta iglesia por varias bulas para vender indulgencias con lo que mejoró considerablemente su renta.

A fines del siglo X comenzó la construcción de esta iglesia que no se terminó sino cuatro siglos mas tarde. Lo que hoy queda de mas antiguo en este edificio es la torre, la nave y el santuario con el coro. Todo esto es de un gótico delicadísimo y admirablemente proporcionado del siglo XIV. El pórtico actual es hermosísimo y es el de la iglesia de San Pedro de los Bueyes que se trasportó allí piedra por piedra. Desgraciadamente en arquitectura sucede como en la sas-



tería, que solo salen bien los vestidos que se hacen por medidas. Se ve desde luego, que el pórtico de San Severino no es suyo.

El rey Juan regaló á San Severino uno de los primeros órganos que hubo en Francia.

Recuerdos históricos, gracia monumental, origen mis-



Vista exterior de la iglesia de San Severino.

terioso, pórtico memorable, vidrieras antiguas, reliquias preciosas, todo lo posee esta pequeña iglesia, sin mas defecto que el estar rodeada de casucas indecentes que la afean cual si fuesen otras tantas manchas y de las que por órden

**SEGUNDA SERIE.—1864.**

del emperador Napoleon III, va á verse libre, cual lo exige la perspectiva de un monumento religioso y el respeto á tan histórico y santo lugar.

**AÑO XXII. 23**